

—Ahora temo que al anciano don Gaspar le cueste la vida, porque á su edad no pueden soportarse tan terribles golpes.

—¿Pero quién se ha llevado al niño?

—Debe suponerse que los mismos que robaron en nuestra iglesia.

—¿Pero quién robó? ..... eso es lo que me preguntó á todas horas.

—Señora Juana, dijo con fingida gravedad el hipócrita, la justicia no sabe mas sino que robaron los ladrones.

—¿Y para qué sirve la justicia?

—Ya lo ha visto usted.

—Sí, para incomodar á todo el mundo. El sargento de la guardia civil no hace mas que pasearse por la plaza á todas las horas del día, y así gana el sueldo, y cuando menos se piense lo harán capitan, y Dios sabe si lo veremos hecho un general.

—No murmuraremos, señora Juana.

—Es que yo soy boca de verdades y no me muerdo la lengua, y lo que siento lo digo, porque si callo me indigesto y reviento. Para hacer lo que hace ese sargento, cualquiera sirve. ¿Pues qué, se gana el sueldo sin hacer mas que dejarse crecer los bigotes? Si tuviera que pasar la vida de perrós que usted pasa, sabrian entonces lo que cuesta ganar el pan.

Así continuaron hablando hasta las once de la noche, hora en que volvió el padre cura, haciendo comentarios y pronunciando muchas frases en latin mientras le preparaban la cena.

Los dejaremos porque es preciso que nos ocupemos otra vez de Pepa, de Manolo y del niño.

## CAPITULO X.

### LA ATREVIDA RESOLUCION DE PEPA.

Pepa y Manolo con el pobre niño habian vagado de un lado para otro, aprovechando para ocultarse las mismas desigualdades del terreno.

La antorcha que llevaban los guardias habia sido muy útil para los criminales, pues no tenian necesidad de fatigarse y moverse cuando veian que la luz se alejaba de ellos.

Solo así pudieron escapar.

Semejante situacion no era sostenible mas que por algunas horas; pero al dia siguiente la guardia civil desplegaria toda su actividad y recorrería la comarca mientras hacian lo mismo los agentes de la autoridad en otras poblaciones, en cuyo caso los criminales debian considerarse perdidos, pues el niño seria bastante para darlos á conocer.

Sabemos ya que los guardias, cansados de ir y venir inútilmente, pusiéronse en marcha con el juez hácia la cruz de la ermita, llevándose el cuerpo de Andrés.

Esta determinacion fué conocida de los criminales cuando vieron que la luz se alejaba hácia la aldea.

Podian, por consiguiente, los criminales contar siquiera con algunas horas de reposo que les permitia conferenciar para adoptar una resolucion.

—Ahora, dijo Pepa, descansemos y hablemos.

—Poco tengo que decir, replicó Manolo.

—Tú conoces el terreno y tu opinion vale mucho.

—Pues bien, me considero perdido.

—¿Y por qué?

—Con el muchacho no podemos presentarnos en ninguna de estas aldeas, y no nos queda mas recurso que tomar el camino de Sevilla, porque allí es donde con mas facilidad podremos ocultarnos.

—Pero desde aquí á Sevilla.....

—Nos echará mano la guardia civil, no lo dudes. Y en vano nos empeñaremos en decir que somos gente honrada y en quererlo justificar, porque esta criatura es una prueba que nos ha de perder.

—¿Qué crees entonces que nos conviene hacer?

—Pepa, cuando un negocio se tuerce, es preciso abandonarlo. Las cosas no han sucedido á medida de nuestro deseo, la situacion es muy mala y debemos contentarnos con lo que hemos podido sacar. Dejemos al niño, y libres de estorbos conseguiremos llegar á Sevilla y una vez allí nada tendremos que temer.

Si obcecado estaba el sacristan, no lo estaba menos Pepa.

Al primero lo tenia trastornado su pasion, y á la segunda la trastornaba tambien la codicia, sin contar con que se habia interesado su amor propio en aquel asunto, lo cual no es ménos cierto porque no tenga fácil explicacion.

Creia firmemente Pepa que podia conseguir una crecida suma en concepto de rescate del niño, y esto la halagaba demasiado y no podia renunciar á ello.

Su amante y cómplice se mostraba mas prudente, sin duda porque comprendia que la situacion se habia agravado mucho desde el momento en que les fué preciso atentar contra la vida de Andrés.

Reflexionó la jóven.

No debian faltarle recursos.

Su amante, que era á la vez señor y esclavo, esperó con impaciencia.

Por fin ella desplegó una sonrisa y dijo tranquilamente:

—Nunca hemos estado tan seguros como ahora.

—En este momento, sí; pero mañana.....

—Mucho mas.

—Cuando uno se empeña en consolarse, lo consigue.

—Nos buscarán por todas partes, ¿no es verdad?

—Claro es que sí.

—¿Y crees que tambien pierdan el tiempo en buscarnos entre esas ruinas?

—No, porque ya saben que no estamos ahí.

—Y sin embargo, Manolo, ahí podemos estar sin mas trabajo que el de ir ahora mismo, y como tampoco han de sospechar que esta noche andamos por la aldea, iré á dar aviso á Braulio, averiguaré si al fin ha muerto Andrés y combinaremos el plan como nos parezca mejor.

—¡Pepa!.....

—¿Te parece todo eso demasiado atrevido?

—Sí.

—Pues sin arriesgar nada, no es posible conseguir nada tampoco.

—Lo que intentas.....

—Tú mismo crees que no han de ir á buscarnos á la casa de las brujas.

—Es verdad; pero.....

—Y como es preciso que estemos en comunicacion con Braulio.....

—Entiendo, entiendo.

—Ahora puedes hacerme las observaciones que te parezcan mas oportunas.

Para no devolver la libertad al niño, era indudablemente muy acertado el plan propuesto por Pepa.

¿Quién habia de pensar en ir á la casa de las brujas para buscar á los criminales?

Semejante idea no le hubiera ocurrido ni al astuto sargento.

Entre aquellas ruinas podian los miserables considerarse completamente seguros.

A pesar de la lluvia, que caia á torrentes, apenas volvieron á la aldea nuestros amigos, dispuso el sargento que todos sus subordinados saliesen de la poblacion, dirigiéndose á distintos puntos, y el juez y el alcalde dictaron tambien algunas órdenes para el mas pronto resultado de la empresa.

Entonces no creyó el sargento que tenia necesidad de vigilar á Braulio, puesto que era natural que sus cómplices hicieran lo posible para alejarse.

Cuando resonó el primer trueno ya estaban entre las ruinas Pepa y Manolo con el niño.

Este continuaba temblando y dominado por un pavor que ni siquiera lo dejaba hablar.

En medio de aquella oscuridad profunda continuaron la conversacion.

A las doce cesó la lluvia.

Poco despues empezó á despejarse el horizonte; pero el viento silbaba furiosamente y era intenso el frío.

Pepa estaba dotada de un valor extraordinario, y ademas tenia la costumbre de encontrarse en situaciones muy críticas.

Nada le arredró, y envolviéndose en su abrigo, salió de entre las ruinas y se encaminó hácia la aldea.

No hubiera sido posible distinguirla á pocos pasos de distancia.

Ya habia recorrido muchas veces aquellos senderos y no temia extraviarse.

Media hora despues llegó muy fatigada á la cruz de la ermita.

Allí se sentó para rocebrar el aliento, recordando entonces las interesantes escenas que en aquel mismo sitio habian tenido lugar.

Allí se habia presentado Pepa en otra ocasion para desbaratar los planes de Braulio y satisfacer su anhelo de venganza, haciendo á la vez beneficio.

Allí volvia para hacer todo lo contrario.

Si antes habia llegado á la cruz de la ermita, llevando la felicidad á María y Andrés, despues se presentaba para robarles la dicha y destrozarles el corazon.

Las mas extrañas ideas brotaron en la mente de la jóven.

Se preguntó muchas veces por qué no habia sido honrada, y haciendo estas y otras reflexiones dejó que trascurriese muy cerca de media hora.

Al fin se puso en pié, emprendiendo otra vez la marcha hácia la aldea, adonde llegó á las dos menos cuarto.

Por todas partes reinaba el silencio y la soledad.

No transitaba por las calles alma viviente.

Al pasar junto á la casa de sus víctimas detúvose Pepa algunos instantes y miró, viendo que por las rendijas de una de las ventanas se escapaban algunos destellos de luz.

Escuchó sin percibir el mas leve ruido.

—¿Habrá muerto? se preguntó.

Después de algunos momentos dijo:

—Me alegraré que viva, porque no me estorba y porque es un hombre de corazón como hay pocos.

Dicho esto, siguió hasta llegar á la iglesia.

Miró á su alrededor.

Convencida de que nadie la observaba, se acercó á una de las ventanas con reja, porque ya sabia que era la del dormitorio de Braulio, y allí dió algunos golpecitos.

Así evitaba que ninguno se apercibiese de que llamaban á la puerta.

Braulio, que aún no habia podido conciliar el sueño, dejó la cama y acudió al fin preguntando:

—¿Quién es?

Pepa puso los labios en la union de las hojas de la ventana y dijo:

—Abre, soy yo, debias esperarme.

Oyóse una exclamacion de sorpresa, lo cual probaba que el sacristan no habia sospechado que Pepa se atreviese á presentarse aquella noche.

La reconoció por la voz y no hizo mas preguntas.

Pocos momentos después se abrió la puerta sin producir ruido alguno, volviendo á cerrarse cuando entró la jóven.

Ella sonreia con aire de triunfo.

El rostro de Braulio estaba contraído.

—¿Has perdido la razón? dijo:

—No, y por eso me tienes aquí, respondió Pepa.

—¿Acaso no sabes que os persiguen sin descanso? replicó el sacristan.

—Ya lo he visto.

—Pues entonces.....

—Aquí no han de venir á buscarnos.

—¡Oh!.....

—Braulio, tenemos mucho que hablar y el tiempo pasa. Entremos en tu habitacion, que ahora no hay motivo para que abrigues temor alguno.

—Si á alguien observa.....

—Todos descansan, y ya has visto que no he querido llamar á la puerta por si algun vecino está despierto; pero bien ó mal hecho, ya he venido y no he de irme sin haber oido mas que tus exclamaciones.

—Entra, entra.

Pepa explicó brevemente su determinacion, preguntando luego cómo se encontraba Andrés.

—Lo ignoro, respondió el sacristan, y esto precisamente es lo que me pone en mayor cuidado, pues no hay nada tan temible como lo misterioso.

—¿Que no lo sabes? replicó la jóven con extrañeza.

—No.

—Eso es incomprendible.

—Pronto lo comprenderás.

—Sepamos.

Por mucho valor que tuviesen estas palabras, tenían bien

poco consideradas relativamente, y sin embargo, el rostro de Pepa cambió repentinamente de expresion, revelando una viva contrariedad y aun pudiéramos decir que tambien mucho miedo.

Esto era sorprendente en quien hasta entonces habia dado pruebas de un valor verdaderamente temerario.

¿No deseaba la jóven que se salvase la vida de Andrés?

Nosotros sabemos que sí, y podemos afirmarlo.

El esposo de María habia ejercido sobre la jóven la influencia incontrastable que ejerce toda criatura dotada de un espíritu superior.

Los temores de Pepa, siquiera su disgusto era, por consiguiente, inexplicable.

A veces nuestra inteligencia se oscurece como si la envolviera una densa nube que no podemos disipar con ningun esfuerzo, y cuando menos lo esperamos, sin saber cómo ni por qué, un rayo de viva luz disipa las tinieblas.

Esto precisamente le habia sucedido á la encantadora rubia y habia podido apreciar la situacion.

No necesitó reflexionar para convenserse de que hasta entonces se habia valido de medios vulgares y que era forzoso que la intriga se pusiese en claro sin que sus víctimas tuviesen que hacer mas que dejarse llevar de los sucesos.

No quiere esto decir que Pepa estaba arrepentida, ni que quisiese cambiar de conducta, sino que se avergonzó de haber hecho poco, sintióse como humillada por no haber dado pruebas de que valia mucho mas que la generalidad de las mujeres.

Desde aquel momento puede considerarse que Pepa era doblemente temible.

—Habla, dijo despues de algunos momentos al sacristan.

—Voy á decirte lo que he podido hacer, lo que he visto y lo que he sabido.

—Ya te escucho.



—Hablé con María y ya no ignora que yo soy el autor del crimen.

—¿Le has exigido todo lo que deseabas obtener?

—No, porque hubiera sido una torpeza.

—Muy bien.

—Yo no queria mas sino que pusiese algun estorbo para que la justicia no se apoderase de vosotros, asegurándole que de lo contrario su hijo moriria.

—¿Y ella?

—Las fuerzas le faltaban hasta para adoptar una resolucion y la dejó camino de la ermita, dirigiéndome para observar á la casa de las brujas. Junto á la cruz quedó María, porque ya le era imposible moverse, y estando allí llegaron los otros con Andrés gravemente herido ó muerto.

—¿Qué hizo ella?

—Perdió el conocimiento.

—¿Y despues?

—Vine á la aldea y esperé hasta despues de las once, hora en que el padre cura se recogió.

—Prosigue.

—Hé aquí lo que he sabido: María y Andrés fueron conducidos á su casa. Se creyó que don Gaspar iba á volverse loco. El médico acudió, y entretanto el juez dispuso que nadie entrase en donde estaban el herido y su esposa, nadie mas que don Gaspar y el médico y ese sargento que tanto miedo me infunde.

—¿Pero no se encontraba en la casa el cura?

—Tuvo que permanecer junto al hogar, preguntó varias veces si era grave la herida de Andrés ó si habia muerto, y los guardias le contestaron que nada podian decir.

—Es extraño.

—A las once se aburrió el padre cura, se despidió del sargento y se vino. ¿Ha muerto Andrés? Nadie lo sabe. ¿Es grave su herida? ¿Sospechan de mí? ¿Ha hecho María revelaciones? Lo único que puedo decirte, porque todo el mundo

lo sabe, es que la guardia civil se ha puesto en movimiento. ¿Qué debo temer? No lo adivino; pero no puedo estar con calma. Supongo que aún ignoran quién es el verdadero criminal, puesto que nadie me ha molestado; pero esto no es bastante.

—¿Tienes algo mas que decirme?

—Que la situacion se complica, que el asunto presenta muy mal aspecto, y para hablar con franqueza añadiré que has concebido un plan demasiado grande y no cabe en tu pobre cabeza.

—¡Infeliz! murmuró la jóven, lanzando una mirada de desden profundo al hipócrita.

—Me has ofrecido lo que no podias cumplir.

—Eres digno de compasion.

—¿Debo abrigar esperanzas? replicó el sacristan.

—El miedo te hace ver visiones.

—Y á tí la vanidad.....

—Aún me sobran recursos, interrumpió Pepa.

—Lo veremos.

—¿Crees que todo está perdido?

—Sí.

—¿Pues qué falta para triunfar?

—Hemos principiado por donde debiéramos concluir, y si ha muerto Andrés, María, en el último grado de la desesperacion, dejará que maten á su hijo antes que ceder, y me acusará, y aunque no presente pruebas.....

—Siempre tu miedo.

—Y si Andrés vive, ¿cuándo he de hacer á María las exigencias cuya realizacion han de constituir mi dicha?..... ¡Oh! exclamó Braulio, lanzando una mirada de ódio á su cómplice. Por de pronto tú has ganado, y con dejar al niño

en libertad, nada tendrías que temer. Conocias mis secretos y los has explotado. Para esto sí has tenido mucha habilidad; pero.....

—Acaba.

—Lo que no he dicho puedes adivinarlo fácilmente.

—Has querido herir mi amor propio y lo has conseguido.

—¿Qué me importan tus vanidades? Lo que me importa es la pasión que arde en mi pecho y me devora el alma.

—Una vez mas te probaré lo que valgo.

El sacristan hizo un gesto de duda.

—Y despues de darte esas pruebas, añadió la jóven, cuando tengas que reconocer que todo me lo debes.....

—¿Qué sucederá?

—Que seguiré despreciándote como al último de los miserables.

—Pepa.....

—Basta.

—Ahora es preciso.....

—Ni una palabra mas. Ni que Andrés viva ni que haya muerto, antes de una semana te proporcionaré la ocasión de ver á María, colocándola en la situación mas horrible. Si eres torpe y nada consigues, la culpa no será mia.

Iba á replicar Braulio; pero en aquel momento resonaron fuertes golpes dados en la puerta.

Púsose en pié Pepa.

—¡Estamos perdidos!--exclamó el sacristan.

—¿Y por qué?

—La justicia.....

—Tu cobardía, tu miedo.....

Volvieron á llamar.

—Algun moribundo tiene necesidad del confesor, dijo la jóven.—Quizá tu amigo Andres.....

—Aun así.....

—Responde y abre.

—Pero tú.....

—Aquí pasaré la noche.

—¡Aquí exclamó el sacristan horrorizado.

—Y en tu cama, porque necesito descansar.

No era Pepa mujer que hiciese propósitos en balde.

Habia dicho que allí se quedaria, y era imposible hacerla desistir.

Como si ya fuese cosa convenida, entró en el inmediato aposento y empezó á despojarse de su ropa.

—¿Qué va á suceder?..... ¡Dios mío!..... Esto es horrible..... Si la descubren, si sospechan..... Y vuelven á llamar..... ¡ah!.....

Braulio iba y venia como un tigre enjaulado.

Su rostro se habia tornado en lívido.

—Allá voy, gritó.

Corrió la cortina de la alcoba y miró á todos lados.

Detenerse mas tiempo era dar ocasión á sospechar.

Tomó la palmatoria, salió al pasillo, llegó á la puertecilla y preguntó con voz insegura:

—¿Quién es?

—Abre y despierta al señor cura, le respondieron.

—Ahora no abro con tanta facilidad como antes.

—¿Pero no me conoces?..... Soy Anton, el criado de la señora Pancracia, que se muere y pide confesion.....

—¡La señora Pancracia!.....

—Y si no quieres abrir, iré á dar parte á la autoridad, por-

que no es cosa que la señora Pancracia se condene porque tú tengas miedo.

—Ya te conozco, dijo el sacristán.

Y sin mas vacilaciones, abrió la puerta, dejando el paso libre al que llamaba.

Entró el criado de la moribunda y dijo:

—Tienes el sueño pesado..... Despierta al señor cura..... Aquí aguardaré en tu habitación.

—¿En mi habitación? replicó Braulio estremeciéndose.

—Pues claro es que sí.

—Ven..... así verás que cumplo con exactitud mi deber.

Muy fácil era que Anton, con la ruda franqueza de los aldeanos, hubiérase desde luego introducido en el dormitorio del sacristán, encontrando Dios sabe cómo á la encantadora rubia, y hé ahí cómo una casualidad imprevista hubiera resuelto tal vez la situación, ó por lo menos sido causa de grandes complicaciones.

Empero afortunadamente no sucedió así, pues el aldeano se detuvo, diciendo:

—Todavía no me has preguntado lo que la señora Pancracia necesita.

—Es verdad..... Estoy aturdido por el sueño..... ahora caigo en la cuenta de que su ama no ha confesado, y ante todo será preciso que venga el señor cura.

—Eso es.

—Pues bien, hay que despertarlo.

—Puedes hacerlo, que yo me voy por si en casa me necesitan.

—Como quieras, dijo Braulio, á quien agradaba mucho verse libre de aquel importuno testigo.

—Pues hasta luego.

"ALFONSO REYES"

—El aldeano volvió á salir.

—¡Gracias á Dios! exclamó el sacristán. Me ha hecho sufrir horriblemente.

—Hé aquí lo que son las coincidencias, las casualidades..... ¡Oh!..... Así se trastornan los planes mejores combinados.

Mas tranquilo ya, fué hasta el dormitorio del cura.

Este se levantó de muy mala gana, preguntando por qué interrumpian su sueño.

—La señora Pancracia se ha puesto peor, le dijo Braulio, y quiere confesar.

—Todo sea por Dios, murmuró el sacerdote. No me dejan un instante de sosiego. Despues de la noche de agitación que hemos pasado.....

Interrumpióse, suspiró tristemente, y mientras se vestía dijo:

—¿Y qué habrá sucedido al fin en casa de don Gaspar? Si el pobre Andrés está moribundo..... No, no puede ser, porque habrían pensado en la salvación de su alma; pero de cualquier manera es extraño lo que sucede, pues lo vigilan como si fuera el verdadero criminal. Ahora comprendo por qué el juez decía la otra noche que en todas estas desgracias habia algo de particular, y lo mismo repetía el sargento, y en cuanto al doctor, con sus miradas y sus sonrisas maliciosas..... En fin, no lo entiendo.

Braulio, que ayudaba á vestir al padre cura, escuchaba y callaba.

Le hacían perder la tranquilidad los comentarios de unos y de otros.

—Tú me acompañarás, dijo el sacerdote cuando se hubo vestido, porque puedo necesitarte, y ademas no debe uno con-

siderarse seguro estos dias. La señora Juana vigilará entretanto con órden de no abrir á nadie.

—¿Y qué necesidad hay de quitar el sueño á la señora Juana? replicó el sacristan. Trabaja y necesita descanso.

—Toda precaucion es poca en estos tiempos. ¡Ahl..... Cuando la gente era mas cristiana no sucedia lo mismo. Habia criminales, es verdad, pero... En fin, caminamos á nuestra perdicion.

—Me parece que debemos dejar dormir á la señora Juana.

Tal vez hubiera triunfado esta opinion; pero el ama de gobierno habia despertado, se habia vestido, y se presentó diciendo:

—¿Ha sucedido otra desgracia?

Si el sacristan hubiera podido aniquilar con la mirada á la sirviente lo hubiera hecho; pero tuvo que contentarse con decir ásperamente:

—Ninguna, y puede usted volver á su cama y dormir con descuido.

—He oido llamar y.....

—La señora Paucracia está peor, y vamos á confesarla.

—¡Pobrecital

—Acuéstese usted, señora Juana, que la noche está fria...

—Pues yo tengo calor, y ya que estoy vestida esperaré, y así me dirán ustedes cómo está la enferma.

—Me parece buena esa determinacion: dijo el cura.

—Y para vigilar mejor, me quedaré en la habitacion del señor Braulio.

—¡En mi habitacion! exclamó el sacristan con acento de terror profundo.

—Eso he dicho, porque allí estaré cerca de la puerta.....

—Imposible, imposible.

—¿Qué le sucede á usted, señor Braulio? Pues no parece sino que yo he dicho alguna heregía..... No me mire usted así, porque.....

—Señora Juana, nada me sucede, absolutamente nada; pero.....

—¿Qué?

—La decencia prohíbe que las mujeres estén en el dormitorio de los hombres.

—Pero como usted va á salir.....

—No importa.

—Yo lo he dicho.....

—Sin malicia, ya lo sé.....

—Verdad es que una mujer soltera.....

—Debe usted permanecer en la cocina, y para evitar que el diablo haga una de las tuyas, cerraré mi habitacion y me llevaré la llave.

—¡Jesus, María y José! exclamó el ama de gobierno santiguándose.

—*Vade retro*, murmuró el padre cura.

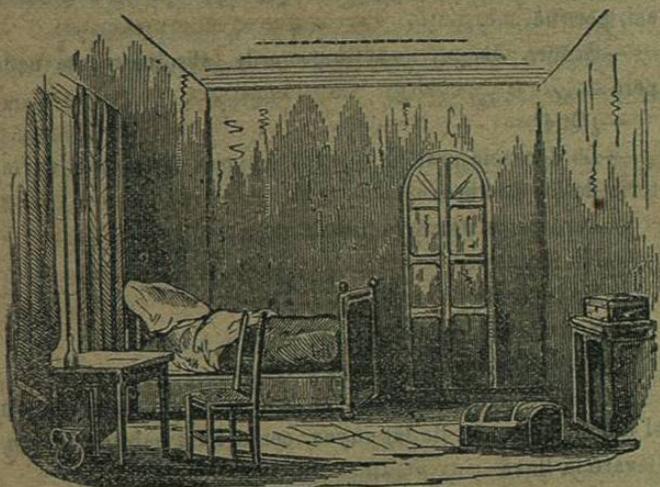
Braulio volvió á su aposento, tomó su sombrero y su capa y salió, cerrando la puerta y guardando la llave porque sabia muy bien de todo lo que es capaz una mujer curiosa.

El sacerdote y el sacristan se encaminaron á la morada de la enferma.

Una hora despues volvieron en compañía de seis ó siete aldeanos, porque tenian que ir á llevar la comunión á la moribunda.

Entretanto la señora Juana, ya que otra cosa no le era

posible hacer, habíase acercado á la puerta de la habitacion del sacristan, y mirando por el ojo de la cerradura, dijo sorprendida:



—Se ha olvidado apagar la luz, y este descuido puede dar lugar á una desgracia, pues si se prende fuego.....

Interrumpióse la sirvienta, porque de pronto la luz se oscureció como si se apagase; pero un momento despues volvió á brillar.

—¿Qué significa esto? pensó la señora Juana.

• Siguió mirando con mayor afan.

Otra vez desapareció repentinamente la luz como si entre esta y la puerta se colocase un cuerpo opaco.

—Pues señor, dijo para sí el ama de gobierno, no me gustan estas sombras chinescas. ¿Qué sucede para que la luz se apague y se encienda como por arte de magia?

Los curiosos no se satisfacen fácilmente, y á la señora Juana le ocurrió mirar por debajo de la puerta.

Así lo hizo, arrodillándose, inclinándose y colocando el rostro sobre el suelo.

—¡Jesus! murmuró. Parece que se mueve algo..... Yo juraria que unos piés andan por ahí; pero no puedo distinguir bien. Sin embargo, esa sombra que va y viene..... Ahora se para..... Desaparece..... Esto no me gusta.

Nada mas pudo ver.

Estaba muy preocupada cuando volvieron el cura y el sacristan, y como éste tuvo que entrar en su habitacion por las llaves de la iglesia, la sirvienta le dijo:

—Vaya usted con cuidado.

—Y por qué?

—No lo sé, pero..... Me parece haber oido por aquí un rumor.

—Aprensiones.

—Vine para convencerme.....

—¿Y qué? preguntó espantado el sacristan.

—Me parece haber visto sombras, fantasmas. ¡Jesus!..... Todo lo que sucede estos dias es extraordinario..... ¿Ha dejado usted luz en su habitacion?

—Creo que sí..... Como el señor cura me esperaba.....

—Puede ser que me equivoque; pero por si acaso le acompañaré á usted, que siquiera he de servir para gritar.

—Señora Juana, otra vez se olvida usted de ciertos miramientos.

—Es que estoy temblando.

—Ve usted visiones.

—Todo es posible.

No se atrevió el ama de gobierno á insistir.

El sacristan entró en su aposento; cerró la puerta y se acercó á la alcoba.

Pepa se habia acostado, y parecia dormir profundamente. Tomó Braulio las llaves y volvió á salir.

A los pocos minutos ardian los cirios y resonaba la campanilla.

El Omnipotente salia del templo.

Las repetidas vibraciones del címbalo interrumpieron el silencio de la noche.

La señora Juana volvió junto á la puerta de la habitacion del sacristan; pero éste habia tenido cuidado de apagar la luz.

A las dos y media de la madrugada pudo otra vez el sacerdote entregarse al reposo.

¿No intentaria el ama de gobierno continuar satisfaciendo su curiosidad?

Así lo temió Braulio.

Si despertaba Pepa y continuaba la conversacion, la sirviente podia escucharlos.

Pepa no podia salir despues que hubiese amanecido.

Dudando sobre lo que era mas conveniente hacer, trascurrió media hora.

Decidió Braulio ir al dormitorio del ama de gobierno para convencerse de que esta dormia.

No era prudente llevar luz, ni tampoco la necesitaba.

Para no producir ruido alguno, quitóse los zapatos, y en medio de la oscuridad, con los brazos extendidos, palpando la pared y paso entre paso, avanzó el hipócrita hácia el dormitorio de la señora Juana.

De repente sus manos se encontraron con otras, y con otro cuerpo chocó el suyo.

Resonó un grito de pavor.

Braulio no pudo contenerse y dejó escapar una blasfemia.

La señora Juana, porque no era otra la persona que habia gritado, quiso retroceder, ó fingió que retroceder queria.

—Silencio! dijo el sacristan con voz reconcentrada.

—¡Ahl exclamó ella. ¡Eres tú.....

Ya no intentó alejarse, sino que oprimiendo fuertemente las manos del hipócrita dijo:

—Ibas á buscarme..... Te ha favorecido una casualidad. Ayl..... Así lo ha dispuesto Satanas para mi perdicion.... Déjame, Braulio, déjame, añadió con lastimero tono la robusta sirviente, y como si no fuese ella la que sujetase al sacristan. Déjame, que trastornada por la pasion, no tengo fuerzas para resistir..... Cometes un abuso, has contado con mi debilidad.....

—Silencio, silencio! dijo desesperadamente Braulio.

La señora Juana exhaló un suspiro, y como si estuviese muy turbada y no supiese que hacer, movióse de un lado para otro, pero sin soltar las manos del hipócrita que se esforzaba para desasirse.

—Déjame, déjame, decia sin cesar. ¿Qué va á ser de mi pudor?..... ¡Dios miol..... Braulio, compadéceme..... Se agotan mis fuerzas, no puedo mas..... Déjame.

Motivos le sobraban á Braulio para desesperarse y ahogar á la rancia doncella que en tan grave compromiso lo ponía.

Digno de compasion era en aquellos momentos el hipócrita.

Completamente aturdido y ciego por la ira quiso hacer el último esfuerzo, pero en aquel instante brilló una luz y se oyó una voz grave que exclamaba:

—¡Horror, horror!

El buen cura, que aun no habia podido conciliar el sueño, percibió el ruido de aquella lucha extraña y se habia levantado, acudiendo en ropas menores para averiguar lo que sucedia.

No puede describirse su sorpresa al contemplar el grupo que formaban el sacristan y el ama de gobierno.

Tenia Braulio puesta su sotana, cuyo negro color hacia resaltar doblemente la blancura de la escasísima ropa con que cubria sus formas la sirvienta.

Y ambos tenian las manos fuertemente entrelazadas.

Y el rostro del sacristan estaba lívido y desfigurado, y el de la señora Juana rojo como si fuese á brotar la sangre.

Violenta y desigual era la respiracion de los dos, y claramente revelaban la agitacion mas profunda.

El cuadro no podia ser ni mas original ni mas grotesco.

El padre cura, severamente erguido y con la palmatoria en la mano, habia quedado inmóvil.

La sirvienta exhaló un grito de terror, dejó las manos del sacristan y cruzó las suyas, procurando ocultar en cuanto era posible su casto pecho.

Por algunos minutos quedaron los tres inmóviles y mudos como estatuas.

Por fin el sacerdote rompió el silencio para exclamar:

—¡Esto en mi casa!..... A tanto os atreveis casi en el templo.....

La sirvienta exhaló un gemido.

Braulio, que habia tenido tiempo para pensar en su defensa, replicó:

—Padre mio, juzga usted con ligereza.

—¡Con ligereza!..... ¿Pues qué significa lo que estoy viendo?

—Significa que salí de mi habitacion para ir al corral, porque así me era absolutamente necesario hacerlo.

—Pero la presencia de esta mujer.....

—No sé por qué ni cómo se encontraba aquí, y como no habia luz, tropecé con ella.

—Y yo, se atrevió entonces á decir la señora Juana, tropecé con el señor Braulio, y creyendo que lo guiaban malas intenciones, grité, quise huir.....

—Sí, replicó irónicamente el padre cura, y para correr con mas ligereza, os cogíais de las manos.....

—Es que.....

—¿Y á dónde iba usted, señora Juana?..... No seria al corral, porque desde su habitacion no es este el camino.

—Me pareció que usted llamaba.....

—Y acudia usted sin cuidarse de la ropa, olvidando la decencia..... Basta ya, que vuestras excusas me ofenden. Cada cual á su habitacion, que apenas despunte el dia, determinaré lo mas justo y conveniente. ¡Oh!..... Estoy horrorizado. ¿Quién habia de creerlo de una mujer que ha cumplido cincuenta años y no ha visto mas que ejemplos de virtud? ¿Y quién habia de creerlo de un hombre que ha pasado su vida entre varones de intachable conducta? Pero no, no debe sorprenderme, porque en la vida de Braulio hay misterios que significan mucho, y de usted, señora Juana, cuando se habla de su juventud dicen lo que no quiero recordar. En fin, cuando amanezca determinaré. Alejaos.

Tuvieron que obedecer el hipócrita y la sirvienta.

El padre cura volvió á su aposento.

Una hora habia pasado cuando Pepa salió de la casa sin hacer el mas leve ruido.

Desgraciada habia sido la noche para Braulio, pero pudo serlo mucho mas.

## CAPITULO XI.

### BRAULIO DEJA DE SER SACRISTAN.

Apenas amaneció, resonó la campana de la iglesia. Los fieles acudieron, y el sacerdote celebró la misa.

Hasta entonces no habia dicho una sola palabra de lo sucedido la noche anterior: pero ya habia reflexionado y habia decidido.

Su primer impulso fué despedir á la señora Juana y al sacristan, sin perjuicio de dirigirles exhortaciones para que con el sacramento del matrimonio borrasen la gravísima falta que habian cometido; pero luego pensó que no le convenia privarse de los servicios del ama de gobierno, que era fiel y ademas incansable para el trabajo.

Ante todo le convenia, pues, hacer que se casasen, puesto que era cuestion de conciencia, y así todo quedaria bien arreglado; pero si para el casamiento ponía inconvenientes el sacristan, debia ser despedido, porque fácilmente se le sustituiria.